

Capítulo 13

Reflexiones de identidad: Jóvenes yalaltecas nacidos en Estados Unidos

Carlos Aquino
Luis Vargas
Carlos Diego
Nelson Diego
Gladys García
Francisco Aquino
Érica Maldonado¹

Las reflexiones que presentamos en el siguiente artículo son el resultado de un trabajo individual y colectivo que surgió de lo que nosotros como jóvenes de origen yalalteco, pero nacidos en Los Ángeles, California, pensamos y sentimos acerca de la forma en que crecemos y somos educados, del modo en que nos definimos a nosotros mismos; de lo que pensamos de nuestra herencia cultural y de nuestros padres; y de la participación y cercanía que hemos tenido con la comunidad yalalteca de Los Ángeles en California y de Yalálag en Oaxaca.

Introducción²

Entender el origen de la cultura al interior de cada pueblo en el mundo ha sido parte esencial de la experiencia humana. La transmisión

1 Los nombres siguieron el orden de aparición de los textos.

2 La introducción fue redactada a partir del texto de Carlos Aquino.

de las tradiciones de una generación a otra también ha sido parte fundamental del reforzamiento continuo de la identidad de grupo y del sostenimiento de la esperanza de que las nuevas generaciones continúen transmitiendo los saberes de sus pueblos a sus descendientes.

El pueblo de Yalálag en Oaxaca continúa pasando sus conocimientos y herencia cultural a las nuevas generaciones a partir de las danzas y otras muchas tradiciones, y el sistema indígena del tequio y el *gwzon* (Guelaguetza o gozona); sin embargo, ante la partida de varias generaciones de yalaltecos que se fueron a Estados Unidos en busca de mejores oportunidades económicas, se han presentado grandes desafíos en el mantenimiento de su cultura y comunidad. Al pasar de los años, los y las yalaltecas han visto amenazada la permanencia de sus costumbres y tradiciones en Estados Unidos. A nuestros padres y madres migrantes, por ejemplo, se les ha dificultado enseñarnos eso que los identifica como pueblo, porque al vivir en un territorio que no es el suyo, su descendencia ha aprendido nuevas costumbres que no son las suyas, como el aprendizaje de nuevos idiomas que no incluyen nuestra lengua materna.

Los nacidos en California somos parte de la generación que se identifica con el área del pueblo de Nuestra Señora la reina de Los Ángeles de Porciúncula, que la mayoría de nosotros llamamos, simplemente "LA". Somos una generación de jóvenes y niños y niñas que habla inglés y español, que creció bebiendo Coca-Cola y *Slushpees*; comiendo cereal *Flinstones Pebbles* y *Big Macs* de *McDonald's*; escuchando a Madonna, *Tone Loc* o *Lady Gaga*; y mirando series estadounidenses como *Yo quiero a Lucy* e *Ídolo americano*; y las caricaturas de *Bugs Bunny*. En la escuela nos han enseñado que en algún tiempo California fue parte de México, ahora sabemos que es parte de Estados Unidos y que aquí nosotros celebramos sus fiestas nacionales como el Día de Acción de Gracias y el de la Independencia (el 4 de julio), lo que nos enseña a sentirnos orgullosos de ser estadounidenses.

Para muchas y muchos de nosotros, el pueblo de Yalálag ha existido en nuestra imaginación como algo abstracto: un lugar en México que entendíamos como la comunidad de donde salieron nuestros padres, donde se habla un idioma no escrito, donde no se habla inglés ni español (ni chino, como pensábamos algu-

nos de nosotros cuando éramos pequeños). Yalálag es diferente y contrasta su forma de vida con aquella que se desenvuelve en los departamentos en que vivimos y en los rascacielos a los que estamos expuestos en nuestra rutina diaria en Los Ángeles.

En la década de 1970, nuestros progenitores tomaron consciencia de ser inmigrantes, pues sabían que no eran ni estadounidenses ni angelinos, sino yalaltecos. Para la primera generación de población yalalteca nacida en Estados Unidos, esto ha significado darnos cuenta de nuestra unicidad. Cuando éramos menores, la lengua zapoteca era la que utilizaban nuestros padres y madres; se comunicaban en este idioma con nuestros parientes y amistades, y ese ha sido hasta el día de hoy el método más común de comunicación. En aquellos tiempos, siendo todavía una comunidad pequeña de inmigrantes relativamente jóvenes, empezaron a organizar reuniones en los departamentos donde vivían algunos y donde se tocaba la música yalalteca. Lo que se oía en ese tiempo no eran las bandas de viento en vivo que hacían sonar los sones y jarabes de Yalálag en Yalálag, sino discos de música de Yalálag que trajeron paisanos y paisanas para tocarla en sus tocadiscos en Los Ángeles. Las fiestas yalaltecas se dieron por un buen número de años. En la medida en que llegaban más migrantes a Los Ángeles, nosotros fuimos conociendo a familiares y amistades de nuestros padres nacidos en Yalálag. Para quienes nacimos en la década de 1970, estas fueron nuestras primeras y únicas experiencias cercanas a la cultura yalalteca.

Para mediados de la década de 1980, la comunidad yalalteca había crecido. En esta época se formaron comités entre paisanos para organizar fiestas tradicionales en Los Ángeles. Se formó una banda musical llamada “Los Zapotecas”, que tocaba la música característica de Yalálag. En aquellos días, la música en vivo motivaba mucho a reunirse con frecuencia, solían traer a sus hijos, que en ese entonces teníamos entre 10 y 15 años. Al pasar del tiempo, algunos de nosotros aprendimos en la escuela a tocar instrumentos musicales, otros lo hicimos con la misma gente paisana. En la última década, muchos de nosotros hemos tocado la música de Yalálag en las bandas; por ejemplo, hemos tocado en el *Normandie Park*, un lugar donde muchos compatriotas de Oaxaca se han congre-

gado y organizado para realizar campeonatos de basquetbol y los festivales de la Guelaguetza. Recuerdo que, en los ochentas, nuestro equipo de basquetbol se llamaba *Los Panteras*, y representaba la tierra natal de nuestros padres en los torneos; también recuerdo que nosotros sabíamos de este deporte por el famoso equipo de basquetbol de *Los Lakers* de Los Ángeles. Nuestra participación en la organización de estos torneos fue mínima en aquel momento; no obstante, nosotros estábamos aprendiendo mucho y atestiguan-do la permanencia de un fuerte sistema organizativo indígena y de una cultura que fue traída a Los Ángeles. En aquellos días, muchas y muchos de nosotros aprendimos a bailar los jarabes de Yalálag, un grupo pequeño aprendió a hablar un poco de zapoteco.

Ahora que soy un joven maduro veo que muchas cosas han cambiado en la comunidad yalalteca. Cuando era niño me tocó ver cómo personas paisanas empezaban organizarse y a rescatar las tradiciones de Yalálag. Actualmente, a las nuevas juventudes les toca ver muchas tradiciones de Yalálag que no existían en Los Ángeles en los años ochenta, pero que ahora son parte vital de la comunidad. Debo confesar que hasta el día de hoy me siento muy afortunado de haber visto y vivido cómo ha crecido la comunidad yalalteca. En 1992, me tocó ver en vivo bailar algunas danzas del pueblo, entre ellas la “Danza de san José (que por cierto apenas recuerdo) y la “Danza de los negritos” que se bailó en otra ocasión en Lazaros Dancing Club (un salón de baile familiar que queda ubicado hacia el este de Los Ángeles). Recuerdo que el día que vi bailar a los negritos sentí gran asombro y gran emoción de los paisanos. Ante tal algarabía, recuerdo que le pregunté a mi mamá acerca de los orígenes de esta danza. Con esta y otras muchas experiencias comienzo, por primera vez en mi vida, a darme cuenta de una de las muchas influencias culturales y de mi creciente conciencia de mi especial herencia indígena.

Ahora que soy un adulto me vienen a la mente muchos rostros de amistades de mis padres que ya no vienen a las fiestas que se hacen en la actualidad en Los Ángeles; no obstante, siempre que voy a un evento familiar o fiesta de la comunidad veo rostros nuevos de la gente del pueblo; gente que participa en las reuniones comunitarias. Entiendo que, con el paso de los años, algunas

personas yalaltecas se han distanciado o regresado a la comunidad por distintas razones, esto es importante decirlo porque así puedo expresar unas últimas líneas a manera de conclusión: la comunidad yalalteca no ha desaparecido debido, en primer lugar, a la llegada constante de nuevas generaciones que emigran hacia Estados Unidos y que mantienen y siguen haciendo lo que fue establecido por los primeros migrantes.

Luis Vargas

¿Quién soy? Ésta es una pregunta que muchos latinos y latinas nos hacemos cuando llenamos los formatos para la ayuda financiera, los censos de población, las solicitudes de trabajo y las pruebas estandarizadas en Estados Unidos, por nombrar algunos. Generalmente nosotros nos preguntamos si somos ¿estadounidenses?, ¿hispanos?, ¿latinos?, ¿chicanos?, o ¿mexicanos? O en mi caso, ¿oaxaqueño?, ¿yalalteco?, o si soy yo todos ellos o ninguno de ellos en absoluto. Estas preguntas pueden ser difíciles de contestar para descendientes de yalaltecos nacidos en Estados Unidos, especialmente cuando uno trata de desidentificarse con nuestros antecedentes étnicos y culturales. Durante mis primeros años de vida, el único contacto que tuve con todas esas culturas fue a través de lo que yo escuchaba y aprendía en la escuela y en los medios de comunicación, en realidad lo que más me marcó fue la cultura y las enseñanzas con las que fui educado en casa: las tradiciones familiares y los viajes que realicé con mi familia entre Los Ángeles, Oaxaca y Yalálag.

Recuerdo que, cuando yo estaba creciendo, nunca me cuestionaba nada acerca de mi identidad, tampoco me preguntaba quién era ni de dónde venía mi familia; sin embargo, hoy pienso que debido a la opresión y marginación que viven los latinos en Estados Unidos, uno se orilla a preguntarse: ¿quién soy? La constante discriminación que viven las y los indígenas migrantes por parte de la propia comunidad mexicana nos hace reflexionar sobre ello, y los valores negativos asociados con las identidades de las personas que pertenecen a diferentes minorías, como la de los latinos o la de los mexicanos, ha hecho que muchos de nosotros no sintamos la necesidad de afirmar nuestro bagaje cultural. Con

todo y esto, me siento muy afortunado de haber crecido dentro de una familia amorosa que se preocupó por mí. He tenido la suerte de asistir a escuelas donde me aceptan por ser quien soy, desde el personal de la facultad de mi universidad hasta mis compañeros de clase, quienes me han dado su tiempo, apoyo y oportunidad para lograr ser una persona exitosa y competente en la vida.

Tener *éxito* no es una tarea fácil en Estados Unidos. Nací en Los Ángeles, California, y viví los primeros cuatro años de mi vida en Oaxaca, cuando regresé a Estados Unidos, mi papá y mamá me inscribieron en un kínder católico privado donde sólo se hablaba inglés. Esto fue para mí el primer gran desafío, dado que era el único que hablaba español y la enseñanza era sólo impartida en inglés. A lo largo de mis estudios he tenido que adaptarme y aprender el idioma y la cultura estadounidense, creo que si no hubiera hecho esto hubiera sido un fracaso en mi educación.

El apoyo de mis hermanas mayores, Patricia y Mayra Vargas, en mis primeros años de educación, ha sido fundamental; así como las palabras de mis padres, Libia Aquino y Lorenzo Vargas, han sido esenciales para llegar a obtener una educación superior. Mis padres nunca asistieron a la universidad, tampoco fueron a la escuela preparatoria, incluso no pudieron terminar ni la escuela primaria, pero, a pesar de ello, siempre supieron transmitirnos la importancia de tener una educación de nivel superior, no sólo porque me abriría las puertas a nuevas oportunidades, sino porque además me daría la oportunidad de ser independiente; un sueño que ellos siempre tuvieron. Mis padres dejaron Yalálag siendo muy jóvenes, primero se mudaron a la Ciudad de México y más tarde a Los Ángeles. Creo que el éxito que tenemos como familia se debe a la educación que nos dieron, además del esfuerzo que hicieron al salir de su comunidad.

Ciertamente, el significado del término *exitoso* es muy subjetivo, y la definición de este varía de una persona a otra; para muchos, tener éxito está fuertemente ligado a la adquisición de bienes materiales y al dinero que uno trae a casa a través del trabajo duro y el esfuerzo. Sin embargo, para mi familia, el éxito ha significado antes que nada enseñarnos a ser independientes y el tener la libertad de escoger nuestro propio camino. Mis hermanas

y yo crecimos con la idea de romper con el papel social tradicional de crecer y trabajar para ganar dinero, y de cuidar a nuestros padres y a la familia. Para muchos, esto podría parecer bizarro e irrespetuoso, incluso ingrato de nuestra parte, pero para mis hermanas y para mí esto ha significado ser capaces de pensar y actuar de manera independiente.

Como ocurre en otras familias, y en particular en muchas familias latinas en los Estados Unidos, hay jóvenes que no se van de sus casas para asistir a la universidad porque se sienten responsables de cuidar a sus familias o porque sus progenitores les insisten en que se queden a estudiar cerca de su hogar. También hay jóvenes que la seguridad y la zona de confort que les representa el vivir en la casa paterna se convierte, en mi opinión, en un obstáculo para salir adelante. A muchas y muchos adultos jóvenes se les dificulta explorar su propia independencia y prefieren quedarse con papá y mamá porque así pueden postergar sus responsabilidades de la edad adulta un poco más. También hay otros factores que hacen que jóvenes no vayan a la universidad, específicamente, quienes asistimos a escuelas de bajos recursos tenemos muchas dificultades económicas para continuar con los estudios.

En nuestra familia nunca hemos tenido la presión de tener que cuidar a nuestros padres, puesto que nunca nos han frenado o limitado a alcanzar nuestros objetivos, sueños y ambiciones. Mis hermanas y yo les agradecemos por esto y siempre hemos pensado que, en algún momento, les recompensaremos todo su apoyo. Somos conscientes de que, sin el esfuerzo y el trabajo duro de papá y mamá, no hubiera sido posible llegar hasta donde estamos hoy. Nunca antes me cuestioné, si tendría *éxito* en la vida, tampoco me pregunté si mis antecedentes étnicos tendrían algún impacto en el camino al éxito; sin embargo, cuando entré a estudiar a la Universidad de California Santa Cruz me di cuenta de que el ser hijo de un zapoteco de Yalálag podía utilizarlo como un punto a favor para destacar en la escuela y en la vida, y podría probarles a otros muchos jóvenes latinos y de otras minorías étnicas que al aceptar mis orígenes y al aceptarnos como somos podemos afirmar el valor de nuestros bagajes culturales y usarlos a favor de nuestro desarrollo y éxito en la vida. El éxito, creo, no depende de tu raza, color, géne-

ro o etnicidad, sino de saber quién eres y de dónde vienes. Cuando cursé la licenciatura mis maestros me motivaron a saber acerca de mis antecedentes culturales y aprender qué significa ser yalalteco y zapoteco: en una palabra, empecé a descubrir mi propia herencia familiar. Me resulta hoy un poco desafortunado saber que las futuras generaciones de yalaltecos nacidos y nacidas en Estados Unidos pueden alejarse de nuestras raíces culturales.

Pienso que, sin el apoyo de mi familia, el éxito que he alcanzado no hubiera sido posible. Su apoyo moral, espiritual y económico ha sido fundamental, y todo esto me ha permitido destacar entre las minorías. Actualmente me siento bendecido porque tengo la oportunidad de trabajar en el campo que estudié, en una universidad donde doy apoyo a jóvenes de la primera generación de estudiantes descendientes de migrantes. Con base en mi experiencia, los oriento sobre las estrategias que pueden seguir para salir adelante en las escuelas, les doy consejos de lo que tendrían que hacer para poder pasar la etapa inicial de la universidad y los aliento a valorar sus propios antecedentes culturales, porque creo que esto puede llevarles al éxito. Todo lo que he logrado hasta el día de hoy es gracias al redescubrimiento de mi familia.

Ser de la primera generación de ciudadanos estadounidenses y ser hijo de dos yalaltecos en Los Ángeles, California, ha sido una experiencia única. El choque cultural que he vivido entre ser zapoteco/yalalteco y ser mexicano y estadounidense me ha enseñado a valorar la importancia de saber quién soy, también me ha dado el reto de pensar en cómo mantener y preservar las raíces y la herencia de nuestros ancestros. Estas experiencias que narro son parte de la lucha de muchas y muchos jóvenes que comparten una historia similar a la mía. En este momento encuentro la posibilidad de decirles a ustedes que no depende de nuestra raza ni de nuestra etnicidad el que tengamos éxito en la vida. He crecido en una familia con una gran riqueza cultural y de tradiciones como la yalalteca. Mis padres me han enseñado mucho acerca del respeto, la lealtad y la perseverancia. Mi papá Lorenzo, mi mamá Libia y mis hermanas Patti y Mayra, han sido fundamentales en mi desarrollo como persona y en el éxito de mi educación. Soy un hombre joven que se educó en un lugar cosmopolita, con muchas mezclas culturales, una ciudad que

se llama Los Ángeles. Siento que nuestra cultura es verdaderamente única y crecer en medio de ella ha sido un privilegio. Hoy siento la responsabilidad de intentar mantener lo que se nos enseña en nuestras familias y dejarlo a las futuras generaciones.

Carlos Diego y Nelson Diego

Nuestros papá y mamá nos han enseñado que todo en esta vida se debe ganar a través del trabajo duro, nos dicen que debemos esforzarnos por alcanzar una educación superior para tener éxito, de tal modo que, al estar casados, especialmente si son mujeres, no tengan que depender de nadie. Nosotros nos sentimos privilegiados de descender de personas muy trabajadores, nos han dado todo lo que queremos y nos han dado muchos consejos para salir adelante. Cuando los hijos llegamos a cierta edad, nos dicen que tenemos que conseguir un trabajo y aprender el valor del dólar, pues ser mantenido nos conduce a depender de alguien y si se es flojo eventualmente se desarrolla una actitud negativa ante la vida. Al hombre se le enseña que algún día estará al frente de su familia y por ello deberá ser responsable (económicamente hablando). Nuestros padres nos han inculcado estos valores:

- *Respeto*: debe ser mutuo y también se debe de respetar uno mismo.
- *Religión*: tener siempre fe.
- *Cultura*: valorar nuestra cultura, conocer el idioma y las costumbres del pueblo.
- *Educación*: no fracasar en la escuela. Alcanzar los niveles más altos de educación.
- *Comportamiento*: ser un modelo para nuestros hermanos, comportarse decentemente.
- *Abstinencia*: mantener la pureza hasta llegar al matrimonio.
- *Responsabilidades máspreciadas*: el trabajo y la familia.
- *Ética en el trabajo*: ser responsable y trabajar duro.

Gladys García

Creo que todas las personas tenemos puntos de vista muy diferentes acerca de cómo se debe educar a los descendientes. En la

comunidad yalalteca de Los Ángeles, el modo en que se educa a las y los hijos está muy marcado por la forma en la que nuestros antecesores fueron educados en Yalálag. A veces, esto choca con la forma y las ideas con las que nosotros crecemos en los Estados Unidos. Mi madre me platica que en el pueblo algunas familias tienen la idea de que los hijos deben casarse y formar sus familias. La manera en que se casan es importante, así como la forma en que se llega al matrimonio; por ejemplo, es deseable que los hijos e hijas lleguen al matrimonio en un estado *sano* tanto en el aspecto mental y emocional como en el físico.

Para los que nacimos en Los Ángeles, a veces es un poco difícil entender la forma en que piensan nuestros padres y los modos en que nos quieren educar. Nosotros crecemos con ideas un poco diferentes; por ejemplo, algunos padres no están de acuerdo con la manera en que las hijas nos comportamos o vestimos; mientras que a nosotros nos aparecen muy conservadores e incluso un tanto cerrados en su manera de pensar. Algunas madres dicen que las mujeres deben de cuidar ante todo su arreglo personal y ser recatadas. La mujer no debe de enseñar su cuerpo arriba de las rodillas ni tampoco revelar nada en la parte superior; además de los códigos de comportamiento que incluyen no sonreír, no hablarles a los hombres de manera descortés ni bailar mucho con ellos porque lo pueden malinterpretar. Yo soy de carácter muy alegre y me cuesta un poco de trabajo entenderlo. Algunas madres les llaman la atención a sus hijas por ser *muy abiertas*. Madres e hijas chocan por los prejuicios que las primeras tienen en cuanto al arreglo personal y la manera en que las hijas nos llevamos con los hombres. Cuando comencé a escuchar la forma en que piensan las señoras de la generación de mi mamá me pregunté lo siguiente: ¿por qué no debo hablar? ¿Por qué no debo bailar? ¿Por qué no puedo sonreír tanto? Mientras llegaba a la edad adulta no entendía lo que mi mamá me quería decir, pero un día lo descubrí. Los hombres de nuestra comunidad interpretan nuestras acciones de un modo muy diferente, para ellos una sonrisa y una conversación significan algo distinto; por ejemplo, una sonrisa de una muchacha puede ser entendida como que a ella “le gusto”, o si la muchacha bailó una danza con ellos piensan que “ella sólo puede bailar conmigo”.

Con el pasar de los años, he comprendido que a los hombres de mi comunidad se les enseña a ser de cierto modo. En Los Ángeles, nosotras crecemos con ideas muy diferentes. Muchas muchachas nacidas acá empiezan a tener novio a los 15 años, ya sea con muchachos nacidos en Los Ángeles o que vienen del pueblo o de otra parte. Algunos padres permiten que los novios vayan a la casa de las muchachas y también los dejan salir a pasear; sin embargo, muchos se vuelven temerosos de los padres de ella porque si le pasa algo se le pueden ir encima. Existen formas de pensar muy diferentes entre adultos y jóvenes de lo que es tener novio; por ejemplo, acá, las mujeres podemos tener novio, pero no debemos “agarrarle su mano en público” y está mal visto que la muchacha se vaya a vivir a casa de la familia del muchacho.

Para muchas familias, hablar con los hijos acerca de su futuro es algo común e importante, mis padres hablaron conmigo acerca de la importancia de la escuela, gracias a ello mis estudios se convirtieron en mi prioridad; en esto mi madre fue una influencia muy especial, ahora soy profesionista y tengo un buen trabajo en mi área de estudios. Nuestros padres han trabajado mucho en este país y debemos aprovechar al máximo su esfuerzo y sacrificios. Creo que como hijas e hijos debemos cumplir con los costos de vivir en Estados Unidos, especialmente en Los Ángeles.

Carlos Aquino

Aunque nuestros padres y madres nos dieron lecciones básicas de moral sobre lo bueno y lo malo, quienes nacimos en Estados Unidos también hemos aprendido otros valores y elementos de otros sistemas morales y culturales de esta ciudad de Los Ángeles. Hemos crecido con gente alrededor de origen coreano y afroamericano, y de los típicos valores estadounidenses. Aunque en principio fuimos educados con base en las tradiciones católicas, hay quienes adoptan creencias distintas, como de los evangelistas, judíos y budistas, e incluso algunos se vuelven ateos y no practican ninguna religión. Muchos hemos sido educados en escuelas públicas y otros en escuelas católicas privadas, desde el kínder hasta la universidad. La apariencia física de la población yalalteca nacida en Estados Unidos puede ser idéntica a la

de la gente zapoteca, pero en realidad nosotros somos una generación con ideas, valores y morales un poco diferentes. Sabemos que esto representa un gran desafío para nuestros progenitores y para muchos de nosotros: ¿Cómo poder mantener los ideales y los valores que nos enseñaron nuestros padres y madres yalaltecas y al mismo tiempo conciliar esta mezcla de valores nuevos?

Muchas y muchos de nosotros crecimos viendo crecer a la comunidad yalalteca de Los Ángeles. Creo que de algún modo quienes nacimos en Los Ángeles hemos sido parte importante de la formación de esta comunidad migrante. Nosotros comenzamos a ser los primeros representantes que tenían apellidos yalaltecos en esta ciudad y, por ende, aprendimos a edad temprana que teníamos que comportarnos con responsabilidad, siempre mostrando que éramos en realidad *una buena hija* o *un buen hijo*. Nuestras familias siempre han esperado mucho de nosotros, no sólo en la etapa de la niñez, sino también en la edad adulta. Crecer en Los Ángeles ha sido para nuestra generación algo complejo y complicado, tal vez esto explica por qué no seamos *buenos* o *malos* hijos. Nos han inculcado valores como el respeto mutuo, el trabajo duro, la educación y el apego a la familia; sin embargo, los resultados que esperan de nosotros no siempre han sido los más favorables, porque hay quienes no terminan la escuela preparatoria ni van a la universidad por diversas causas ; otros nos hemos convertido en padres o madres a una edad temprana, avergonzando así a nuestras familias y a veces ocultándolo a la comunidad; o con una orientación sexual diferente a la heterosexual, que en principio nos demanda no hablar de este tema y por lo tanto se queda muchas veces en la especulación de ¿será o no será? Estas son algunas de las complicaciones de la vida por las que muchos de nosotros hemos pasado.

Las experiencias de la primera generación de migrantes nos muestran que su manera de pensar, sus posturas ante la vida y sus valores no han quedado intactos. En Estados Unidos, sus valores tradicionales y su moral también han sido desafiados. Nosotros y nuestros padres hemos y estamos siendo expuestos a vivencias nuevas en la escuela, al trabajo y en los ambientes sociales donde no hay paisanos. Nuestros padres y madres han adoptado nuevas ideas, maneras de pensar y de ser; incluyendo algunos cambios en sus valores morales.

Hay quienes se han alejado de la comunidad por lo mismo y quienes permanecen, pero con una mayor comprensión de las complejidades de la vida. Así que, ¿cómo se puede ser el mismo yalalteco que salió de Yalálag, si vive cambios y se enfrenta a nuevos valores todos los días?, de repente tenemos morales mixtas, esto es, tal vez, un desafío a los valores y a la moral de nuestros antecesores.

En suma, las y los yalaltecas migrantes han cambiado, el país en el que vivimos también cambia, y la comunidad yalalteca que vive en Yalálag también ha cambiado considerablemente en las últimas tres o cuatro décadas. Hay ciertas maneras de pensar y de vivir que no son aplicables a la forma de vida que se desarrolla en Los Ángeles; sin embargo, las personas yalaltecas sienten profundamente en el corazón que pertenecen a Yalálag y que tienen una mentalidad propia: algo que no se puede cambiar. Creo que no importa en este mundo dónde se esté parado o parada, sino y sin lugar a dudas, uno debe saber que cuenta con el apoyo de aquellas y aquellos yalaltecos que están comprometidos con la comunidad.

Francisco Aquino

Soy hijo de inmigrantes de una localidad llamada Villa Hidalgo Yalálag. Nací en 1981 y me di cuenta de mis antecedentes yalaltecos hacia finales de la década de los ochenta, cuando mi padre y mi madre lograron la amnistía, y tuve la suerte de ir con ellos por primera vez a Yalálag. Cuando llegué a aquella región montañosa me di cuenta de que eran de un lugar muy diferente del que yo nací. No obstante, aquel viaje no fue necesariamente lo que me hizo reflexionar sobre mi herencia y el origen de mi cultura, lo que vi y viví en casa en Estados Unidos fue lo que realmente me hizo reflexionar sobre quién soy.

En Los Ángeles, la comunidad yalalteca siempre ha mantenido lazos estrechos con las y los migrantes paisanos y con sus familiares en Yalálag. Asimismo, tienen muchos años realizando fiestas para recaudar fondos para distintos proyectos de su lugar natal. Para mí, la comunidad está en el corazón de la cultura de nuestros padres. Observar el trabajo comunitario y las redes solidarias que hay entre la gente paisana me ha enseñado a apreciar, aprender y sentirme orgulloso de mi herencia cultural. A través de diversas expresiones de la cultu-

ra yalalteca en Los Ángeles, he aprendido acerca de mis ancestros y de mí mismo. Los yalaltecos tienen su propio mundo. Cuentan con sus propias tradiciones, su música de banda, sus danzas e idioma. Al crecer en Los Ángeles, me di cuenta de que las tradiciones de mis orígenes son muy diferentes de lo que yo observaba de otras tradiciones mexicanas; por ejemplo, la música de los mariachis y otras tradiciones musicales populares.

Cuando comencé a comparar las diferencias culturales entre los mexicanos de Los Ángeles, me di cuenta de que el idioma de mis ancestros también representa una diferencia crucial. A pesar de que no hablo su lengua, siempre he pensado que es una de las expresiones culturales más hermosas y que es un testimonio vivo de la sobrevivencia de nuestra cultura desde la conquista española. Aunque existen diferencias entre mi padre, mi madre y yo, considero que de algún modo mantengo cierta parte de la cultura en casa.

En el verano de 2000, me uní como músico a una banda musical de Yalálag para aprender a tocar la trompeta. Dicha banda estaba compuesta por yalaltecos nativos y por yalaltecos nacidos en EE. UU. Mi experiencia en la banda fue muy valiosa porque no sólo aprendí a tocar la música tradicional del pueblo de mis antepasados, sino que también se abrió mi mundo hacia la gente de la comunidad de Yalálag. Al convertirme en un integrante de la banda, aprendí sobre las tradiciones, pero particularmente me sentí orgulloso de mi herencia. Cuando dejé la banda por cuestiones de salud, sentí un aprecio más grande por la tradición musical de Yalálag. A finales de 2007 regresé al pueblo de Yalálag, grabé mucha música de banda y especialmente la música de chirimía. En las festividades católicas de Yalálag hay música de chirimía, que se toca básicamente con una flauta de madera y un tambor. Al regresar a Los Ángeles, en una kermés encontré a un músico yalalteco que estaba tocando la chirimía, él se emocionó cuando le platiqué que yo había grabado música de chirimía en Yalálag y que se la quería enseñar. En Los Ángeles, la música de chirimía es muy apreciada. Actualmente se toca en las *posadas* que se hacen en las casas de gente paisana. A mí me gusta mucho tocar el tambor y acompañar a la chirimía; para mí esto es ¡una actividad muy espiritual!

Me siento muy contento de poder contribuir a la preservación de la música de chirimía yalalteca en Los Ángeles. Estoy muy agradecido con la gente de Yalálag que me permitió grabar la música, porque gracias a esto ahora hay más tradiciones yalaltecas en Los Ángeles. Mi papá y mi mamá dicen que nunca se imaginaron el grado en el que iba a crecer la comunidad en Los Ángeles. Es importante destacar que ellos pertenecen a la primera generación de migrantes yalaltecos que llegaron a comienzos de la década de los setenta. Para terminar mi reflexión, me gustaría decir que es honesto y válido pensar que no sé hacia dónde se dirige el futuro de la comunidad, pero sí sé que hoy la comunidad está presente aquí en la ciudad de Los Ángeles.

Érica Maldonado

La música ha sido algo importante en toda mi vida. Desde chica me involucré en clases de música. En mi tercer año de primaria, un maestro de música me seleccionó para participar en la formación de una orquesta. En aquella ocasión tuve la oportunidad de tocar por primera vez el violín. Para mí esto fue una experiencia maravillosa. El maestro siempre me decía que tenía muchas destrezas para la música, pero por razones personales no pude continuar en aquel momento con los ensayos y por ello tuve que dejar la orquesta. Unos años después tuve la oportunidad de integrarme a un coro, pero siempre sentía que extrañaba mi instrumento. Tres años después llegó a mi casa Crispín Aceves, primo de mi mamá, a preguntarme si estaba interesada en integrarme a una banda de música oaxaqueña. Quiero decirles que crecí escuchando los sones y jarabes yalaltecos y en muchas ocasiones bailaba con mis primos y familiares en pequeñas reuniones que teníamos en casa. En ese entonces, solíamos bailar los jarabes en las salas de nuestro pequeño apartamento, porque las grandes fiestas eran todavía muy pocas.

La música yalalteca siempre ha estado presente en mi vida, pero cuando era niña esta música no tenía gran significado porque pensaba que era simplemente la música del pueblo de mis ancestros. Debo confesar que cuando Crispín Aceves me preguntó que, si quería formar parte de la banda, no recibí la invitación con mu-

cho entusiasmo, mis padres sí; pero al mismo tiempo recuerdo que parte de mí quería de nuevo retomar un instrumento musical y aprender un poco más sobre la cultura yalalteca. Fue así que me animé a participar en dicho proyecto. Cuando llegué a la primera reunión de la banda vi a niños y niñas de mi edad, algunos eran primos y primas y otros solamente conocidos que solían asistir a fiestas de gente paisana. A pesar de que no les hablaba a estos niños y niñas, porque era un poco tímida y la verdad no tenía tanto interés de conocerlos, poco a poco nos fuimos conociendo y nos empezamos a llevar bien. Éramos alrededor de 30 a 40 estudiantes de la Banda Filarmónica de Yalálag, pero poco a poco algunos se fueron saliendo. En el año de 2001, tocamos por primera vez en la fiesta que habían organizado un grupo de músicos yalaltecos para celebrar a la virgen de Santa Cecilia con la gente de Yalálag.

Tengo doce años tocando en esta banda y entre más tiempo pasa siento que más amo la cultura de Yalálag y cada vez es menos fácil alejarme de la banda. Gracias a la música he logrado entender el significado de gran parte de las festividades de nuestro pueblo aquí en Los Ángeles. A través de la música, he podido acceder a un gran número de conocimientos de lo que se toca en ciertas festividades; por ejemplo, aparte de los sones y jarabes, sé tocar la música que acompaña la misa oaxaqueña, los rosarios, las marchas fúnebres, danzas y canciones de Navidad. Gracias a las enseñanzas de Noel Allende, Juan Montellano y otros músicos, quienes nos enseñaron sones antiguos, hemos podido mantener la música tradicional yalalteca en los Estados Unidos. Estoy muy sorprendida de ver cómo los jóvenes nacidos en Los Ángeles interpretan los sones y jarabes casi igual y con la misma pasión con que lo hacen Yalálag. Me he dado cuenta que a diferencia de algunos jóvenes de mi generación y de generaciones más grandes, hay buen número de niños, niñas y jóvenes que se interesan en la cultura yalalteca. Se organizan para ir a las kermeses sin necesidad de que sus padres los acompañen. A muchas y muchos de nosotros nos gusta escuchar la música yalalteca, a tal grado que la tenemos en nuestros *iPods*. Aunque hay excepciones, observo que las generaciones más jóvenes tienen gran interés por participar en los eventos que organiza la comunidad yalalteca en Los Ángeles.

Además de la música, me gustan mucho las danzas de Yalálag. La primera danza que bailé fue la de San José, del barrio de Santa Catalina. Esa danza me gustó tanto que me motivó a bailar más. He bailado un total de diez danzas, incluyendo la de *Roayaga*. En la danza de *Los huenches* he interpretado a Rosa María, también he danzado Los Mixes, Las Yalaltecas y danzas chuscas como la de *Los mojados*. Debo confesar que no fue nada difícil aprender los pasos de las danzas, pero aprendí bien rápido. Mi madre siempre decía que a lo mejor era porque la danza la llevo en la sangre. Mi abuelo Juan Limeta y mi tío Romualdo Limeta son reconocidos danzantes en el barrio de Santa Catalina en Yalálag por su estilo único y la creatividad que tienen para las danzas. Ellos son buenos danzantes, mi mamá dice que yo heredé las habilidades de mis familiares. La última vez que bailé fue en el año de 2007. Una de las razones por las que no he danzado tiene que ver con que a las mujeres no las invitan mucho a participar en las danzas. Siento que muchos de los paisanos no nos invitan por el hecho de que somos mujeres. Para ellos, o bien no sabemos la danza o no podemos danzar, o simplemente las mujeres no deberíamos bailar.

En el 2010, durante una kermés, me di cuenta de que había muchas niñas de doce a diecinueve años que tenían ganas de danzar, ellas no podían bailar porque pocos maestros de las danzas les daban la oportunidad de participar, ya que el enfoque estaba más en los varones. Fue entonces que decidí aprender y enseñar varias danzas a estas jovencitas. La primera que enseñé fue la danza de *Roayaga*, que se bailó tres veces en diferentes kermeses. En 2011, puse la danza de Los Serranos, y en 2012 la danza de Los Cholos, incluyendo otra danza chusca cuyo nombre desafortunadamente no sabemos, pero es del barrio de Santa Catalina.

Para aprender las primeras dos danzas recibí el apoyo de mi padre Maclovio Maldonado Cisneros, de mi pariente Juan Maldonado Bollo y del amigo Moisés Chimil Piche. Cuando empecé a enseñar la danza de *Roayaga* ellos me chiflaban la música, mientras yo y otro muchacho les dábamos instrucciones a los danzantes de como bailar. Las danzas de Los Serranos y Los Cholos las enseñé con menos ayuda. Debo decir que he enseñado a danzar a un total de ocho muchachas. Para mí fue muy difícil empezar a enseñar, pues empecé

de cero; no es fácil enseñar a principiantes todos los pasos, lo que es la puntilla y el talón, y las coreografías. Debo de admitir que a veces me frustré, veía que a los muchachos y muchachas se les dificultaba aprender los pasos. La garganta se me reseca de tanto repetir las instrucciones y de tanto chiflar. Pero si algo me gustó fue que las muchachas le ponían mucho entusiasmo y ganas a la hora de aprender a bailar. Ellas se acercaban y me decían: “Érica, ¿sabes?, no entiendo este paso, ¿me lo podrías enseñar de nuevo?” o “Érica ya me aprendí este paso, pero sé que faltó algo más, quiero que se vea aún mejor”. Esto me demostró que yo no era la única que tiene la misma pasión por la danza. Hay muchas jóvenes con gran potencial a las que no se les ha dado la oportunidad de bailar continuamente.

En mi experiencia como instructora de danzas, he aprendido que este arte está relacionado con valores como la tolerancia, la pasión, la práctica y el entusiasmo. No es fácil enseñar ni aprender, pero al terminar de bailar se siente orgullo de ver como el público aplaude y aprecia la práctica y esfuerzo que hacemos al bailar. Hasta la fecha, he recibido muchos buenos comentarios sobre lo bien que bailaron las muchachas y eso que son personas nacidas en Los Ángeles. Muchas personas me dicen que bailan muy bien, aunque le agreguen un estilo un poco diferente. Hemos recibido algunas críticas de nuestra forma de bailar, pero creo que hemos logrado algo mucho más grande y eso es demostrar que la mujer también puede bailar y hacer cualquier cosa, siempre y cuando tenga las ganas de salir adelante. Pienso y quiero seguir enseñando danzas e involucrar a más jóvenes en la medida de mis posibilidades.

Todo lo que he contado me hace sentir más apegada a la cultura yalalteca que a la de los Estados Unidos. Yo valoro mucho la cultura de Yalálag, especialmente el hecho de que cuando alguien tiene una gran necesidad de ayuda en Los Ángeles, las y los migrantes se unen y muestran su solidaridad. Admiro que la comunidad yalalteca haya sido capaz de mantener sus tradiciones, y yo me siento personalmente muy feliz de decir que pertenezco a una cultura que es rica en su música, sus danzas, su gastronomía e idioma. Creo que es importante conservar estas tradiciones y artes para que nuestras futuras generaciones tengan la oportunidad de apreciar lo que nuestros ancestros nos han dejado.